CAMBIAR LA VIDA

LOS HUEVOS del PLATA



Ahí queridos... esto es lo que todas y todos necesitamos.

año de los hacheplentos
agosto / 66 - montevideo

4

TRANSFORMAR EL MUNDO

A MANERA DE EDITORIAL

parábola de la caSa en LLAmaS

Gautama, el Buda, enseñaba
la doctrina del tormento de la rueda de la ambición, al cual
estamos sometidos,
aconsejando dejar a un lado todas las ansias y poder,
ya sin deseos, hundirnos en la nada, que él llamaba Nirvana.
Un día le preguntaron sus discípulos: "Maestro,
¿Y esa nada, cómo es? Todos nosotros quisiéramos
abandonar nuestras ansias, tal como tú lo aconsejas,
pero dinos si esa nada en la que hemos de hudirnos
es más o menos igual a ese fundirse con todo lo creado
cuando, al mediodía, el cuerpo yace, liviano, en el agua,
ya casi sin pensamientos, o cuando sin advertir
que ya estamos en el lecho, se cae en el sueño, hundiéndonos
en él velozmente. Explícanos si esa nada es una nada
alegre y buena como ésas, o si esta nada tuya
es simplemente una nada fría, hueca y sin sentido".
Buda, después de un silencio, dijo, displicente:
"No hay ninguna respuesta para vuestra pregunta".
Pero esa misma noche, cuando se hubieron ido,
Buda, que estaba sentado aún bajo el árbol del pan,
narró a los otros, a aquellos que nada habían preguntado, la
parábola siguiente:
"Hace poco vi una casa que se quemaba. Ya el techo
era pasto de las llamas. Al acercarme, advertí
que aún había gente en ella. Asomándome a la puerta,
les grité que el techo ardía y les pedí la dejaran
inmediatamente. Pero
allí nadie parecía tener prisa. Uno de ellos
me preguntó, cuando el fuego le chamuscaba la frente,
cómo estaba el tiempo afuera, si acaso estaba lloviendo,
si los vientos no soplaban, si había otra casa, y muchas
cosas más. Sin responderle,
volví a salir. Y pensé:
éstos tendrán que quemarse antes que cesen de hacer
tantas preguntas. Porque en verdad, amigos,
a quien el suelo no queme tanto como para que lo cambie
gustosamente por otro, nada tengo que decirle". Así habló
Gautama, el Buda.
Pero así, también nosotros, que no cultivamos ya el arte de la
paciencia
y cultivamos más bien el arte de la intolerancia;
nosotros, que con consejos de carácter bien terreno
incitamos al hombre a sacudir su tormento, pensamos que a esos que,
viendo acercarse las escuadrillas de bombarderos del capitalismo
siguen aún preguntando cómo solucionaremos esto y lo otro
y qué les sucederá a sus trajes domingueros y a sus llenas
alcancías tras una revolución,
a ésos poco podemos decirles.

BERTOLT BRECHT
(TRADUJO: NELIDA MENDILAHARZU DE MACHAIN)

2 de 7 par 6 en par 8...

Hoy Viet-Nam duele como una muela podrida.
O como dos.
Su cielo tiene un zumbido que no es de abejas trabajando.
Son motores aviones de guerra bombarderos. Son aviones.
Y es el Napalm que cae incendiando petróleos-vietnamitas.
Su cielo tiene un zumbido que no es el viento
y sí seguramente la furia absurda cayendo en picada.
La tierra de Asia crepita crepita Asia de par en par.
Nort Viet-Nam South Viet-Nam.
U. S. A. a cualquier hora.
Pentágono hiede como una muela podrida.
O como la C. I. A.
Su cielo tiene un zumbido turbio cenagoso.
Son mentes piromaníacas que planean los ataques. Son computadoras
el complemento del Napalm que fermenta a lo James Bond.
U. S. A.: tu cielo tiene una nube que no es la lluvia
y sí seguramente es un hongo que relampagea amenazante.
Tus mentes fermentan y los dólares llenan
bolsillos de par en par a dos carrillos.
U. S. A.: Nort Viet-Nam South Viet-Nam te escriben con sangre de Asia
e incendios de selvas y bonzos.

HECTOR PAZ

ASTRONAUTA

Astronauta nube de aluminio
brillante pajarero del cielo
nadie como tú sabe acumular la altura
y asimilar los océanos los casquetes polares.
Astronauta sin horóscopos
turista afortunado en otro continente
llévate los bolsillos
llenos con granos de arroz
o zanahorias frescas
y alimenta por mí a la osa mayor
y a la menor
y desclava al cristo de la cruz del sur.
Astronauta entero
camello en el vacío
pulga de saltos gigantes
trapecista sin red vaca sagrada de la ciencia
pon una flor en cada tumba de los buenos muertos.

HECTOR PAZ


PUBLIQUESE,
ARCHIVESE,
1º EL
HORARIO

He alzado las palabras con ráfagas extrañas
El aludido es un alud de tiempo y sangre
Corriendo por las venas claveteadas de, ardiente deseo
Del invasor deseo del deseo incorregible
Y las mujeres deliciosas bajo sábanas verdes
Fingiéndose guitarras o campanas
Las mujeres deliciosas que dicen sí o no
Y en es e intervalo en esa pausa en esa línea recta
En esa liana entre esos cabellos
Nuestra pequeña vida escalofriante
Tamborcillos en la legión de estrellas

Yo quiero la madera del caballo
El artificio de los fuegos entendámonos
Amigos compañeros discípulos de Shiva
Este llamado desembocará no es el pez que vuestros aparatos
de dormir persiguen en las orillas del acuarium
No es una tarde urbana que termina en una noche urbana
No es un alimento ni torre o providencia
No es la carta solar no es un mapa solar no es un plano de tesoros
cosmo-eléctricos
No es un automóvil cruzando las fronteras absurdas
No es un cohete-señal no es un desierto una bandera
No es una nave ni un macizo de flores no es jugar a las escondidas
con el ojo de otro
No es una nueva tez y hay teces tan hermosas
No es un pac o no es mitología
No comienza con A ni es mineral no está en la temporada
No es la excursión rural no es un sueño nada de eso
Convenimos en nombrar lo aproximadamente Cuba
Pero en el fondo es lo que todos queremos lo que todos cantamos
lo que todos sonreímos
El amor tiene a Cuba de la mano
El amor que nunca se equivoca.

(las escalas y los duendes - 1965)
APARICIO VIGNOLI

cuba
CUBA
cuba
cubacubacubacubac,
ubacubacubacubacu
CUBA
CUBA

clo-ciclo-ci

Lento y digno
como el sol cansado
de un mundo antiquísimo
me moví
en el tramo inicial
de la órbita establecida
sin reconocer las voces
que gritaron mi nombre
y se volcaron
desoídas como sombras
al borde del silencio
que desplegó mi paso.

Pero bastó a mi curso
que lo apresaran los destellos
de las miradas rotas
deshechas en el pasado
desprendidas de los ojos
que no me atreví a seguir
para que mis pies arrasaran
la ignorancia de su destino.

Ahora incendio
vertiginoso
la distancia entre el ocaso y yo
—ese espacio irreductiblemente mío—
el tramo final
hasta quién sabe cuándo.
RICARDO ESENIN

clo-ciclo-ci



He alzado las palabras con ráfagas extrañas
El aludido es un alud de tiempo y sangre
Corriendo por las venas claveteadas del ardiente deseo
Del invasor deseo del deseo incorregible
Y las mujeres deliciosas bajo sábanas verdes
Fingiéndose guitarras o campanas
Las mujeres deliciosas que dicen sí o no
Y en ese intervalo en esa pausa en esa línea recta
En esa llana entre esos cabellos
Nuestra pequeña vida escalofriante
Tamborcillos en la legión de estrellas

Yo quiero la madera del caballo
El artificio de los fuegos entendámonos
Amigos compañeros discípulos de Shiva
Este llamado desembocará no es el pez que vuestros aparatos
de dormir persiguen en las orillas del acuarium
No es una tarde urbana que termina en una noche urbana
No es un alimento ni torre o providencia
No es la carta solar no es un mapa solar no es un plano de tesoros
cosmo-eléctricos
No es un automóvil cruzando las fronteras absurdas
No es un cohete-señal no es un desierto una bandera
No es una nave ni un macizo de flores no es jugar a las escondidas
con el ojo de otro
No es una nueva tez y hay teces tan hermosas
No es un pacto no es mitología
No comienza con A ni es mineral no está en la temporada
No es la excursión rural no es un sueño nada de eso
Convenimos en nombrar lo aproximadamente Cuba
Pero en el fondo es lo que todos queremos lo que todos cantamos
lo que todos sonreímos
El amor tiene a Cuba de la mano
El amor que nunca se equivoca.

(las escalas y los duendes - 1965)
APARICIO VIGNOLI

clo-ciclo-ci

Lento y digno
como el sol cansado
de un mundo antiquísimo
me moví
en el tramo inicial
de la órbita establecida
sin reconocer las voces
que gritaron mi nombre
y se volcaron
desoídas como sombras
al borde del silencio
que desplegó mi paso.

Pero bastó a mi curso
que lo apresaran los destellos
de las miradas rotas
deshechas en el pasado
desprendidas de los ojos
que no me atreví a seguir
para que mis pies arrasaran
la ignorancia de su destino.

Ahora incendio
vertiginoso
la distancia entre el ocaso y yo
—ese espacio irreductiblemente mío—
el tramo final
hasta quién sabe cuándo.
RICARDO ESENIN

clo-ciclo-ci

de HOMBRE a HOMBRE

a Stella Gladys

Vamos, hombre.
Búscate tu tiempo verdadero.
No quedan días para amar
porque viven criminales a tu lado.
Háblame del Viet-Nam,
del negro norteamericano.
Háblame de los mineros
chilenos o españoles
que mueren puntualmente.
Dime algo del hombre mundial
que ya casi nos toca.
Y existen Wall Street
fundaciones Rockeffeller
y City Banck's
en suelo americano,
con sangre americana,
con muerte americana.
Háblame del HAMBRE
no tu hombre.
De las muertes diarias
no tu muerte.
De la sangre quemada
des'ruida.
De las cosas que te importan
no de tí.

J. J. LINARES

DEMOCRaTAS

Sobre el lomo de los pueblos pesa
la vieja bilis
de los antropófagos del hombre.
Castrados mentales.
Arrogantes estériles de justicia.
Gastadores de frases.
Verdugos, apretando hasta el final
nuestro largo collar de dolor.
Padres del odio mundial.
Fieras corrompidas
que sólo saben fornicar,
llenarse la panza a costa nuestra,
odiarnos a todos los que somos hombres
Revolcarse con gozo febril
en la sangre de nuestros muertos.
Sigan su feroz orgía,
corriendo hacia la nada.
Habrá el momento.
Se librará una batalla
como no la hubo nunca.
Y todo estará en su verdadero lugar.

J. J. LINARES

f,u,t,ur·o

No estoy luchando por ustedes,
señores de mi tiempo,
doloroso cáncer del futuro.
Quiero romper todas las torres.
Mostrarles podredumbre.
Tomarlos uno por uno
a todos.
Descubrir en sus huesos
los asesinos que alimentan tumbas.
Desnudarles el dolor de los pueblos
hacinados de años,
mis pobres pobres
que se atropellan en manadas,
ciegos de alcanzar,
hórdicos por quebrar sus dientes
en una mordida hambrienta
de pan y de batalla.
En esa costra miserable,
olvidada,
babeante de encontrar el paradero,
romperé mis años y mis huesos.
Hasta que seamos sólo un grito
destronando castas,
pulverizando templos,
diseminando furia, llanto, paz
y sangre.

J. J. LINARES

de HOMBRE a HOMBRE

Vamos, hombre.
Búscate tu tiempo verdadero.
No quedan días para amar
porque viven criminales a tu lado.
Háblame del Viet-Nam,
del negro norteamericano.
Háblame de los mineros
chilenos o españoles
que mueren puntualmente.
Dime algo del hombre mundial
que ya casi nos toca.
Y existen Wall Street
fundaciones Rockefeller
y City Banck's
en suelo americano,
con sangre americana,
con muerte americana.
Háblame del HAMBRE
no tu hambre.
De las muertes diarias
no tu muerte.
De la sangre quemada
desruida.
De las cosas que te importan
no de ti.

J. J. LINARES

DEMOCRATAS

a Stella Gladys

Sobre el lomo de los pueblos pesa
la vieja bilis
de los antropófagos del hombre.
Castrados mentales.
Arrogantes estériles de justicia.
Gastadores de frases.
Verdugos, apretando hasta el final
nuestro largo collar de dolor.
Padres del odio mundial.
Fieras corrompidas
que sólo saben fornicar,
llenarse la panza a costa nuestra,
odiarnos a todos los que somos hombres
Revolcarse con gozo febril
en la sangre de nuestros muertos.
Sigan su feroz orgía,
corriendo hacia la nada.
Habrá el momento.
Se librará una batalla
como no la hubo nunca.
Y todo estará en su verdadero lugar.

J. J. LINARES

futuro

No estoy luchando por ustedes,
señores de mi tiempo,
doloroso cáncer del futuro.
Quiero romper todas las torres.
Mostrarles podredumbre.
Tomarlos uno por uno
a todos.
Descubrir en sus huesos
los asesinos que alimentan tumbas.
Desnudarles el dolor de los pueblos
hacinados de años,
mis pobres pobres
que se atropellan en manadas,
ciegos de alcanzar,
hórdicos por quebrar sus dientes
en una mordida hambrienta
de pan y de batalla.
En esa costra miserable,
olvidada,
babeante de encontrar el paradero,
romperé mis años y mis huesos.
Hasta que seamos sólo un grito
destronando castas,
pulverizando templos,
diseminando furia, llanto, paz
y sangre.

J. J. LINARES

LA MEJOR NOCHE

Duncan Martínez Sierra

Es la mejor noche de mi vida.

Camino lentamente, sin apresurarme, no necesito ya hacerlo.

Miro mi reloj. Para qué lo quiero? Lo tiro a una acantarilla... y siento como se hunde burbujeando en el agua.

Sonrío.

Continúo caminando, siempre sin apresurarme.

Me detengo en una esquina, y observo el cielo como una gran cúpula de carbón frío y sin brasas. Es una hermosa noche

Sonrío.

Mis pasos resuenan rítmicamente como el tictac de un reloj sin agujas. El pavimento de ceniza está limpio, desnudo, los vehículos se han ido. A dónde? No lo sé... Se han ido rugiendo, llenos de rostros desfigurados, cuerpos temblorosos, hacia algún lugar, cualquiera... Pero, uno ha quedado, tiene las luces encendidas.

Siento angustia.

Me acerco.

Sonrío.

No hay nadie en él. Destapo el tanque de gasolina y enciendo un fósforo... Desde lejos veo la gran fogata y, cuando traspongo una esquina, ya no lo veo más sólo el humo gris subiendo, subiendo, subiendo...

Miro las casas que se deslizan lentamente a mis lados como celdillas de un panal abandonado. Me acerco a una ventana; miro hacia adentro. No hay nadie, sólo un receptor de televisión con su luz mágica en su pantalla vacía. Entro en la casa.

Alguien me lo ha de impedir?

Paso rápidamente a otro canal, y otro, y otro, todos están igual.

Sonrío.

Tomo un jarrón y lo arrojo contra la pantalla, se hace trizas, el aparato explota, los fusibles silban quemándose. La casa queda en tinieblas y salgo.

Continúo caminando, sin apresurarme, como siempre. De pronto una tenue voz se oye a lo lejos.

Siento angustia.

Corro, corro y corro... Es tan sólo un altoparlante con su voz hueca y metálica, repitiendo automáticamente lo que dice una grabadora. Tomo un rifle de una tienda cercana, lo cargo, apunto cuidadosamente. Con ruido seco estalla el grabador; con ruido metálico el altoparlante. El silencio me penetra.

Sonrío.

Mis piernas se mueven y se mueven, pero no se cansan. Ya no me canso. Y si me canso: descanso, de veras.

Traspongo una esquina; la luz me hiere la vista. Veo escaparates, clubes, bares, luminosos, columnas de luz. El centro arde como una última braza que no se quiere apagar. Me detengo en medio de la calzada, me sentaré allí, y estaré todo lo que quiera.

Alguien me lo ha de impedir?

Los luminosos, como arcos iris pestañeantes, se van difusos a través de la burbuja de neblina. Tomo una baldosa y la arrojo. Miles de luciérnagas saltan y danzan, luego desaparecen. Tomo otra baldosa y la arrojo, y otra, y otra... ya no quedan luminosos. Comienzo con los escaparates, que se van cerrando, como ojos heridos. Me detengo, no lo destruiré. Me trae recuerdos. Lleno de maniquíes en fila, duros, fríos, grotescos, vacíos, cubiertos tan sólo de manchas de colores. Será un museo, recuerdo del pasado.

Sonrío.

Una tenue melodía me llega.

Siento angustia.

Pronto ubico de donde proviene: a través de la ventana de una casa de dos plantas. Entro y corro velozmente, devorando las habitaciones, la escalera. Un receptor de radio transmite un ritmo moderno. Estoy paralizado. Habrá alguien del otro lado? Quién? La canción termina. Contengo la respiración.

Sonrío.

La púa chilla, y gira... gira el disco, y seguirá así por siempre, hasta que no haya electricidad; en las demás estaciones igual.

La calle de barro viscoso y helado amortigua mis pasos. Me gustan los suburbios; las casas de adobe, las calles sin pavimento, el croar de las ranas al borde de las charcas oscuras, el olor a gramilla, la paz del río cercano.

Una bicicleta de algún canillita, que la abandonó apresuradamente; los periódicos, demasiados, desparramados. Los tomo; voy al río y los arrojo a las aguas mansas. No habrá sido un error? Los peces? Pero no, no saben leer.

Sonrío.

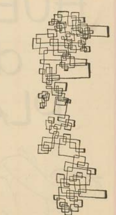
En el horizonte, miles de serpientes eléctricas vivorean. El cielo comienza a llorar, y los infinitos hilos comienzan a correr suavemente sobre mi cuerpo y a danzar en la calzada. Un riachuelo se forma y se desliza rápidamente al borde de las aceras. Un paraguas abierto e invertido es arrastrado. Quién lo quiere? No yo. Me gusta que la lluvia me empape y me penetre. Me llega el perfume de la tierra húmeda.

Una flor se abre con un susurro. Luego otra. Y más. Hay miles de ellas! Y los árboles, llenos de brotes! Llenos de nidos con pichones! Claro mañana será primavera. No lo había notado. Acaso... Alguna vez supo cuando era primavera? Verano, otoño o invierno? Noche o día? Alguien lo supo?

Las nubes han desaparecido, la luna llena está suspendida en el cielo. El aire ahora es limpio, la lluvia ha borrado la radiación. Un profundo dolor recorre mi cuerpo. Es hora de que me dirija a mi casa solitaria. Mañana no veré las flores abiertas y coronadas de rocío; las yemas de los árboles; las golondrinas navegando; No escucharé el piar de los pichones en sus nidos; el canto de los pájaros; el sonido de la brisa.

En la puerta de mi casa, me pregunto: mañana, cuando la primavera despierte, notará que hemos desaparecido.

a todos



nosotros

nos hace falta perder un brazo
el cepillo de dientes
los cinco dedos del pie izquierdo
el ojo que toleró
la visión del mundo
cayéndose en pedazos
sin pestañear sin cegarse sin rodar
como una anciana por la escalera
nos hace falta
la obstinada negativa
del niño a tomar la sopa
dejar de sacudir la virtud como una matraca
arrancarnos las uñas
mugrientas de instantes vacíos
nos hace falta un poco de locura
limpiarnos la boca con el dorso de la mano
abrirnos el pecho como una camisa
encerrar a nuestra conciencia
en el cajón de la cómoda que nunca se abre
incendiar
el derrumbe estrepitoso
de nuestros treinta años
y arrojarlo como una turbonada
sobre la ciudad desprevenida
movernos como la humedad dentro del muro
socavando
reduciendo a escombros
toda la tramoyería
de la soledad y la angustia sin objeto
nos hace falta la sencilla
dignidad de la flor
entre los restos de la comida
dormir entre sábanas incandescentes
despertar entre cuerpos apretujados
y hambres hasta los huesos
desprendernos
de esta masa indistinta gelatinosa
que pudre la cimentada voluntad
de constituirnos en hombres
que nos recluye en el ropero del crimen
anegándonos hasta la asfixia
en el fondo de nosotros mismos
para buscar aquellos que nunca estuvo allí
sino en el ámbito de la calle convulsionada
que gima la tierra
como un melón podrido
nosotros mutilados desprovistos
hombreciéndonos
enterrados en el polvo
atragantándonos con la muerte
pulsaremos las ruinas
y lanzaremos por los aires
a la altura que el momento exige
la nota justa
que nos restituya la vergüenza
la descocada fe
en nuestras manos
construyendo el futuro.

clemente padín

mi vida

gonzalo arango

Nací en Andes, un pueblo sin gloria que se hará famoso por mí nacimiento hace 30 años y muchos meses.

No soy casado porque tengo fe en que amor durará toda la vida, y porque amar es mi manera de ser libre.

Soy hostil al amor comprometido y a la literatura comprometida, pues en ambos casos la belleza pierde su independencia.

No tengo títulos, ni menciones de honor.

Estuve a punto de ser abogado, pero cierta inclinación a torcerlo todo me desvió del Derecho.

La línea de mi vida, según los astros, es una línea curva, difícil, y que conduce a la gloria.

Salí del inmenso anonimato fundando el Nadaísmo para restituir a la Nada su condición rebelde, y a mi vida una razón de vivir entre los signos apocalípticos y nihilistas de mi tiempo.

Pienso en la sociedad, en sus períodos de crisis, levanta mitos para no dejar hundir el prestigio del espíritu. Yo nací para llenar la ausencia de valores mientras se restablece el equilibrio, y retorne cierta sensibilidad abatida por el materialismo y el griterío del tumulto.

No creo en casi nada, pero creo en la vida, en el amor, y en un cuerpo de mujer. Pertenezco a la familia de aquellos espíritus que, según Nietzsche, salen en búsqueda de la verdad, y regresan enarbolando la túnica de una mujer.

Escribo por vanidad, por ocio, por libertinaje, y por una razón secreta de mi ser, por masoquismo.

No he hecho casi nada para estar tan viejo. A mi edad, Cristo estaba a punto de ser colgado en la cruz, y Rimbaud ya traficaba con armas en Abisinia, después de revolucionar la poesía y escupirla en mitad de su rostro.

Pero, "he vivido", como dicen modestamente los pesimistas. Aunque en mi caso sería más exacto decir: ¡He amado!

Miro crecer la hierba y retirarse las mareas. Siento el susurro del Universo dentro de mi alma, y las caricias del amor en mi carne.

Para quejarme tendría que estar muerto.

"fumo, luego existo"

gonzalo arango



ENRIQUE PARIS
(colombia)

El Nadaísmo fue, hasta hace poco una especie de larva de aburrimiento. Nuestros jóvenes vivían en el tedio sin tener lucidez del tedio. Y el tedio es ese aire, enrarecido y morboso, que despide la multitud atenezada por el Leviatán capitalista.

Estos muchachos que ahora oscilan entre los quince y treinta años, llegaron a la vida, como toda juventud, cargados de esperanzas. Venían de lejos, desde los orígenes del hombre, con derecho a crecer, a destruirse como cumple en este juego de la existencia, pero con una íntima y profunda alegría. Y se vieron, de manos a bocas, con un mundo prefabricado, con un cartabón vital donde, incluso la risa y el asombro estaban previstos, cristalizados, cortados a la medida de una vasta y monstruosa emasculación de los instintos.

El ímpetu adánico quedaba, pues, frustrado definitivamente. Este y no otro era el programa que se les ofrecía. Esta y no otra era la vida que debían vivir en medio del olor a gasolina y la triste penumbra de las alcobas, y la melancolía de las avenidas, las universidades y los parques.

El amor, el amor poderoso y animal, el entusiasmo de la sangre, la virilidad y el apetito de ser quedaban enterrados en esta etiqueta de la derrota.

Y esta juventud nadaísta, como es lógico, no cree en el infierno ni en el cielo. Cree en la tierra. Está aquí. Nos recuerda que la existencia es un acontecimiento extraordinario. Que nuestra lucha es entre los frutos, el polvo, los seres y las cosas de la tierra. Por eso no le interesan los tratados. Por eso no le interesa jugar la existencia a una posteridad aleatoria. En el fondo de su ser han abolido todo apetito de salvación o perdición. Son animales tercamente afianzados a su estar, a su historia, a sus instintos. En esto, me parece a mí, radica la magnitud y el desinterés de su ademán.

Por eso tienen derecho a que nosotros esperemos en ellos. Recuerdan a los donceles del pozo de Nabucodonosor cantando entre las llamas.

La labor del Nadaísmo es por eso una labor política. Ellos tienen con su desplante, con la brusquedad verbal, con el impulso de la inteligencia, que despertar esta sociedad empeñada en sus conformismos y su onirismo bursátil.

No se trata de que esta sociedad se dedique a dibujar una gran caricatura de la piedad. Se trata, eso sí, de la auténtica caridad. De esa que anhela transformar, de la raíz a la copa, la equivocación del hombre.

Y eso —transformar al hombre— es la labor que están cumpliendo, en nuestros días, en Colombia, los nadaístas.

Por eso encarnan el peligro, el frenesí, el desorden, la caridad y la esperanza.

El Nadaísmo nos propone una seguridad interior basada en la pena. De allí su intuición destructora. Todos los símbolos que conjugan esta vaporosa alegría de las sociedades contemporáneas, bajo cualquier rótulo político o religioso, ya han sido previamente destruídos en el corazón de estos mozos.

En esta incineración de los valores arquetípicos están dispuestos a no rendirle vasallaje a ningún mito. A no seguir contribuyendo con su postración, con el tributo de su sudor, de sus ideas, de su sangre, a engordar la panza de Polifemo.

Asistimos a un aspecto de la epopeya de nuestro siglo. Asistimos a un nuevo prometeísmo. Porque este hombre anhela ser puro y que todos descendamos con él a la pureza. Quiere la asepsia, la limpieza de nuestra casa. Quiere construir, como si fuera un salmo, una confesión ardiente y poderosa. Y nuestro deber es oírlo. Porque nosotros, y únicamente nosotros, lo hemos vestido de saco y hemos esparcido sobre sus hombros, sobre su frente y sobre sus cabellos la ceniza de esta maldición.

No es él, a fin de cuentas, quien se confiesa. Somos nosotros, todos nosotros, quienes lo hacemos a través de él. Porque basta que un hombre alcance un solo deseo puro para que todo el hombre, toda la familia del hombre lo haya alcanzado a través de él.

Asistimos, pues, a un proceso que se explica creciendo. A algo que se hace posible en la medida de su necesidad de expansión. Tal vez como en ningún otro de nuestros movimientos, en el Nadaísmo debe cumplirse esta función aluviónica.

Por inercia, por larvados apetitos, se irán depositando en su cauce una serie de fuerzas insospechadas que le darán un empuje y un esplendor sin antecedentes. Y esto es hermoso.

Quienes un día se reunieron en una mesa de café a hablar sobre todo esto, contra esta cosa vaga, extraña y presionante que llamamos ambiente, una circunstancia con nombre propio, no podrían, hubiera sido imposible prever las consecuencias generales de su acción.

El Nadaísmo, por ello mismo, vive en germen en cada uno de nosotros. Aún en aquellos, que aparentemente situados en una orilla opuesta, lo han hecho posible.

Lo importante de esta juventud en su "asumimiento", su virilidad para padecer en carne propia un pecado que pertenece a las anteriores generaciones.

Cuando Gonzalo Arango nos exhibe su derrota y sus equivocaciones no está haciendo patetismo barato ó proselitismo por la ignominia. Lo que está haciendo es una síntesis propiciatoria de lo que somos todos nosotros. Y la sociedad ni puede ni debe crisparse ante su actitud. Debe, a su turno, asumirla con hombría colectiva. Debe aceptar la lección que este hombre acaba de ofrendarle.

Porque este nadaísta se ha despojado de sus verdades, de sus enlutadas y amargas y trágicas verdades del hombre existente, con el único y exclusivo objeto de hacer una radiografía, en el orden individual, único en el cual se logran los mayores efectos, de lo que somos como comunidad lacerada.

Sí, así somos realmente. Con las variantes de cada quien, así somos. Somos ese ente amorfo, viscoso, lancinado, extraño para los demás y para sí mismo, este pequeño monstruo abominable que parece no encontrar piso firme, hundirse cada vez más entre el lodo de las muchedumbres.

arango **los nadaistas** gonzalo arango **los nadaistas** gonzalo

Los nadaistas invadieron la ciudad como una peste,
de los bares saxofónicos al silencio de los libros,
de los estadios olimp.cos a los profilácticos,
de las soledades al ruido dorado de las muchedumbres,
de sur a norte,
al encenderse de rosa el día
hasta el advenimiento de los neones,
y más tarde, la consumación de los carbones nocturnos
hasta la bilis del alba.
Va solo hacia ninguna parte
porque no hay sitio para él en el mundo,
no está triste,
le gusta vivir
porque es tonto estar muerto
o no haber nacido.
Es un nadaista
porque no puede ser otra cosa
está marcado por el dolor de esta pregunta
que sale de su boca como un vómito tibio
de color malva y emocionante pureza
porque hay cosas y no más bien nada.
Este signo de interrogación nos distingue
de otras verdades y de otros seres
él es él como una ola es una ola.
lleva encima su color que lo define revolucionario
como es propia la liquidez del agua,
del hombre ser mortal,
del viento ser errante,
del gusano arrastrarse a su agujero,
de la noche ser oscura
como un pensamiento sin porvenir.
Ha teñido su camisa de revolución
en los resplandores de los incendios, en el asesinato
de la belleza,
en el incendio eléctrico del pensamiento,
de las violaciones de las vírgenes,
en el barrio pobre de los tintoreros.
Lleva su camisa como un honor.
como un cielo lleva su estrella,
como un semáforo su luz
intermitente de catástrofe,
como una envoltura de pallmall
perfumando su pecho de adolescente.
El nadaista es joven y resplandece de soledad,
es un eclipse bajo los neones pálidos
y los alambres del telégrafo,
es el estruendo de la ciudad,
y, entre sus rascacielos
el asombro de una flor teñida de púrpura
en los deshechos de la locura.
Tiene el peligro de los labios rojos y los encendios,
mira los objetos con ojos tristes de aniversario
es el terror de los retóricos y los fabricantes de moral,
es sensitivo como un gonococo esquizofrénico,
inteligente como un tratado de magia negra,
ruidoso como una carambola a las 2 de la mañana,
amotinado como un olor de alcantarilla,
es un místico Zen que camina sin temblor
a su condenación eterna sobre zapatos de gamuza,
sufre el vértigo electrónico de los sacudimientos del jazz
y las velocidades a contra reloj
corazón de rayos voltios que estalla en el parabrisa del volwswagen.
Deseando la mujer de tu prójimo,
se aburre mortalmente, pero existe,
no se suicida porque ama furiosamente fornicar,
jugar liverpool en las noches interminables,
brindar ron en honor a su existencia
estirarse en los prados bajo la luna metálica.
No pensar.
No cansarse.
No morirse de felicidad ni de aburrimiento.
Es espléndido como una estrella muerta
que gira con radar en los vagos cielos vacíos
No es nada,
pero es nadaista
y está salvado.

aistas gonzalo arango **los nadaistas** gonzalo arango **los nad**

imprimatur comunidad del sur canelones 1484 teléfono 41 46 15
correspondencia lindoro forteza 2713 ap 3 montevideo uruguay